

EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Santiago García Acuña
Facultad de Teología “San Dámaso”, Madrid

**“Mucho ha aprendido el hombre,
a muchas cosas celestes ha dado nombre,
desde que somos un coloquio
y podemos escucharnos los unos a los otros”
(Hölderlin)**

1. Introducción

El diálogo interreligioso es una realidad compleja, de múltiples aspectos y con gran riqueza de contenido. Por eso el diálogo entre las distintas religiones puede ser tratado desde diferentes perspectivas y con diversas pretensiones. Dentro de este Simposio dedicado a la Misión de la Iglesia, me voy a centrar exclusivamente en el diálogo que la Iglesia Católica –en la que subsiste (*subsistit in*) la única Iglesia de Cristo¹– establece con las confesiones religiosas «no cristianas», a fin de considerar el diálogo interreligioso en relación con la tarea evangelizadora de la Iglesia.

No pretendo en modo alguno abarcar aquí todas las cuestiones que conciernen al diálogo interreligioso de la Iglesia. El objetivo que me propongo es únicamente clarificar si entre diálogo interreligioso y

¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 8.

evangelización existe una relación de oposición dialéctica, tal como afirman por lo general –de un modo u otro– las así llamadas «teologías del pluralismo religioso»². De ser esto verdad, dialogar con las tradiciones religiosas de la humanidad y evangelizar constituirían acciones de la Iglesia recíprocamente anulantes: la una sería siempre la negación de la otra. De ahí que la Iglesia, para poder dialogar con otras religiones, tendría que abandonar de manera radical su propia misión³.

Así, pues, el propósito de mi intervención es únicamente hacer patente la verdadera relación que existe entre la misión evangelizadora de la Iglesia y el diálogo interreligioso de la Iglesia.

2. La misión de la Iglesia y el ser de la Iglesia

La Iglesia, «esposa de Jesucristo», a la que él ama y por la cual se entregó totalmente a sí mismo en su vida, muerte y resurrección (cfr. *Ef* 5, 25-27), ha sido vinculada por Jesucristo mismo a su propia misión, que Dios Padre le encomendó realizar en la historia a favor de todos y cada uno de los hombres. Jesucristo, el Hijo de Dios hecho carne, «Enviado del Padre» y «Ungido con el Espíritu» para la salvación de la humanidad, cumpliendo su misión con palabras y obras íntimamente trabadas entre sí, se ha convertido en la puerta por la que todos los hombres tenemos acceso, en el Espíritu Santo, al Padre y somos hechos partícipes de la naturaleza divina⁴.

² El relativismo filosófico rechaza de lleno la posibilidad de que exista en la historia una verdad universal, vinculante y válida para todos en cualquier momento, circunstancia y contexto. Toda pretensión de verdad absoluta es calificada de fundamentalismo. La «teología del pluralismo religioso», partiendo de esta tesis del relativismo filosófico, considera que la Iglesia en el diálogo interreligioso no puede presentar a Jesucristo como el Camino, la Verdad y la Vida para todo hombre que viene a este mundo, pues esta pretensión de verdad universal representaría una seria amenaza contra la tolerancia y la libertad religiosas. Si esto fuese así, el diálogo interreligioso de la Iglesia no podría en modo alguno ser evangelizador, porque tergiversaría la naturaleza misma del diálogo humano.

³ Desde la tesis ideológica del relativismo filosófico, evangelización y diálogo interreligioso son dialécticamente opuestos. Por eso en la «teología del pluralismo religioso», como señala Joseph Ratzinger, “el diálogo, o mejor dicho, *la ideología del diálogo*, sustituye a la *misión* y a la *urgencia del llamamiento a la conversión* [...]. El diálogo en las nuevas concepciones ideológicas [...] es [...] la esencia del «dogma» relativista, y lo contrario a la «conversión» y a la «misión»” (J. RATZINGER, “Contexto y significación de la Declaración *Dominus Iesus*”, 1)

⁴ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 2.

Enriquecida con los dones de su divino Esposo, la Iglesia recibe de Jesucristo la misión de anunciar el Evangelio, el Reino de Dios y de su Cristo, y de instaurarlo en todos los hombres con los mismos sentimientos con los que Jesucristo cumplió el mandato de su Padre eterno, esto es, observando fielmente la caridad, la humildad, la mansedumbre y la abnegación martirial⁵. Por su vínculo esponsal y misionero con Jesucristo, la Iglesia es en él “como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”⁶. La Iglesia es esencialmente misionera. Sin la misión que le es propia, la Iglesia deja de ser la Iglesia constituida por Jesucristo.

3. El diálogo interreligioso de la Iglesia y la evangelización

La Iglesia ha sido misionada por Jesucristo para evangelizar a todos los hombres –varones y mujeres–, sin distinción de raza y de condición. La evangelización es el contenido de la misión de la Iglesia. Por eso, toda actividad de la Iglesia debe tener una esencial dimensión evangelizadora. El diálogo interreligioso que la Iglesia promueve con las distintas tradiciones religiosas de la humanidad forma parte de su servicio evangelizador a favor de todos los hombres y de todos los pueblos, que tienen en Dios el mismo origen primero y el mismo fin último.

En el diálogo con otras religiones, la Iglesia, a la vez que realiza una actividad profundamente humana, la comunicación recíproca por medio de la palabra y la razón (*lógos*), favorece el encuentro de sus interlocutores con Jesucristo y con la fe católica, ayudándoles dialogalmente a adherirse al Evangelio. El empeño de la Iglesia en el diálogo interreligioso nace de su misión evangelizadora y es inseparable de ella. Toda propuesta pastoral o teológica que desvincule el diálogo interreligioso de la Iglesia respecto de la

⁵ Cfr. *ID.*, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 5; Decreto *Ad Gentes*, 2-5.

⁶ *ID.*, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 1.

evangelización tergiversa la naturaleza misma de la Iglesia, o sea, su ser en Jesucristo “sacramento universal de salvación”⁷, y también falsifica la índole esencialmente religiosa del diálogo entre las religiones, pues uno de los interlocutores, en este caso concreto la Iglesia, se vería despojado de su propio sentido religioso en el ejercicio de la actividad dialógica.

El *munus* de la Iglesia es único e idéntico en todas partes y en toda situación: la evangelización; con otras palabras, el llevar a los hombres y a los pueblos a la plena participación en el misterio de Cristo, de cuyas «semillas» están llenos el mundo, la historia y las religiones. No obstante, aun siendo una y única la misión de la Iglesia, ésta adquiere coloraciones y modalidades diferentes según las condiciones en que tal misión es ejercitada⁸.

El diálogo de la Iglesia con los hermanos de otras religiones «tiene vínculos especiales» con la misión *ad gentes*, pues los destinatarios de ésta son hombres y comunidades humanas que no conocen el Evangelio, y que en su gran mayoría pertenecen a otras religiones. Más aún, el diálogo interreligioso de la Iglesia constituye una de las expresiones y acciones de la misión evangelizadora *ad gentes*⁹, un modo concreto y un aspecto peculiar de la evangelización.

4. La especificidad del diálogo interreligioso de la Iglesia en la evangelización

¿Cuál es el carácter propio y específico del diálogo interreligioso como actividad evangelizadora de la Iglesia? En relación con las demás actividades de evangelización dirigidas a los «no cristianos», lo característico del diálogo interreligioso radica en el hecho de ser un testimonio del Evangelio realizado dentro del intercambio recíproco

⁷ Cfr. *ID.*, Decreto *Ad gentes*, 1; Constitución dogmática *Lumen gentium*, 48.

⁸ Cfr. *ID.*, Decreto *Ad gentes*, 6.

⁹ Cfr. *ibíd.*, 11; JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 55; CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, 22.

de las convicciones religiosas de los interlocutores, en un contexto de debate racional, de análisis crítico, de discernimiento intelectual, de justificación razonable por congruencia y convergencia de datos.

El diálogo interreligioso de la Iglesia es un modo de misión *ad gentes* cuya peculiaridad y especificidad consiste en ser un testimonio de la propia pretensión religiosa católica llevado a cabo en el ámbito de una comunicación de *lógos* humano a *lógos* humano, en la que cada interlocutor propone a los demás lo que considera verdadero en sí respecto de la salvación, la vida religiosa, el misterio de Dios y la condición humana en el mundo.

Afirmar el carácter evangelizador del diálogo interreligioso de la Iglesia no implica, de ninguna manera, su equiparación con el anuncio del Evangelio (*kerigma*) a las gentes; ni tampoco su identificación con el testimonio del compromiso social cristiano, que intenta promover el desarrollo, la justicia, la paz, la dignidad humana, la ecología, etc., en relación con hermanos de otras religiones. El diálogo interreligioso no es reducible a *kerigma* ni a testimonio social, aunque ambas actividades misioneras se dirijan también a los «no cristianos».

Sin duda alguna, el diálogo de la Iglesia con las tradiciones religiosas presentes en la humanidad está vinculado íntimamente al testimonio social y al testimonio kerigmático del Evangelio *ad gentes*, por lo que es inseparable de éstos. Sin embargo, por las peculiaridades que lo hacen distinto, el diálogo interreligioso es irreducible a cualquiera de las otras formas de evangelización *ad gentes*, a la vez que no dispensa de ellas ni en modo alguno las sustituye, sino que debe acompañarlas¹⁰. Así, pues, conviene que el diálogo interreligioso, el testimonio social y el anuncio de Jesucristo “mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni instrumentalizados, ni

¹⁰ Cfr. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 55; CONGRACIÓ PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, 2.

tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables”¹¹.

5. La naturaleza del diálogo humano y del diálogo interreligioso

El diálogo es un intercambio recíproco que sólo es posible para aquellos vivientes que tienen *lógos*. No se puede dar diálogo entre aquellos vivientes que poseen voz (*phoné*), pero no *lógos*; porque la posibilidad de darse racional y lingüísticamente, y también la capacidad para recibir racionalidad y palabra de otros, quedan abiertas por la virtud del *lógos*. El hombre, como bien señala Aristóteles, a diferencia de los demás seres animados, es el único que goza de *lógos* y también de *noûs* en su alma¹². Por eso, ningún ser humano puede ser excluido *a priori* del diálogo.

El diálogo constituye el encuentro de los hombres entre sí en tanto que vivientes poseedores de *lógos*; o sea, el diálogo es la comunicación recíproca de las personas efectuada por medio de y en conformidad con las capacidades y las actividades propias del *lógos* humano.

El encuentro interpersonal de *lógos* a *lógos* es un compartir palabra, conocimientos y pensamiento. Dicho de otro modo, el diálogo consiste en hablar y pensar en común acerca de aquello que cada uno de los interlocutores manifiesta a los demás en la comunicación recíproca.

Consecuentemente, el diálogo interreligioso se refiere a la relación que personas de distintas confesiones religiosas establecen entre ellas para compartir y considerar, a la luz del *lógos*, las convicciones y vivencias religiosas de cada una ellas.

¹¹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 55.

¹² Cfr. S. GARCÍA ACUÑA, “El camino aristotélico hacia lo espiritual. Una fenomenología del *Noûs* desde el hecho de la actividad”, en: A. PÉREZ DE LABORDA (ed.) *Jornada sobre el Dios de Aristóteles. Nóēsis noēseōs*, Facultad de Teología “San Dámaso” (Madrid 2008) [en proceso de publicación]

En el encuentro de *lógos* a *lógos* interreligioso, la comunidad dialogal tiene por objeto de su habla y de su pensamiento las religiones de los interlocutores. Dentro del diálogo interreligioso, todos los que participan en él tratan de hacer accesible, de *lógos* a *lógos*, aquello de que se habla y piensa. Por eso, la Iglesia dentro del diálogo con los hermanos de otras religiones, en tanto que encuentro humano dinamizado e iluminado específicamente por el *lógos*, se esfuerza por dar razón de su esperanza a sus interlocutores (cfr. *1Pe* 3,15); por acoger, comprender y examinar todo lo que los demás le expresan, a fin de asumir lo bueno (cfr. *ITes* 5,21); y por argumentar su toma de posición respecto de lo que es objeto del hablar y del pensar en común (cfr. *Hch* 26, 1-30)

6. La problemática contemporánea en torno al diálogo interreligioso de la Iglesia

Teniendo en cuenta lo considerado hasta ahora sobre la Iglesia y el diálogo interreligioso, hay una cuestión que aparece de manera insoslayable en este momento, y que puede quedar formulada del siguiente modo: ¿No supone una real manipulación del diálogo interreligioso el hecho de que para la Iglesia la conversación dialogal con otras religiones constituya una expresión particular y una acción concreta de su misión de evangelización *ad gentes*? O dicho de otra forma, el hecho de que el diálogo interreligioso sirva a la Iglesia para testimoniar a Jesucristo como Camino, Verdad y Vida (*Jn* 14,6), ¿no entraña un uso ilegítimo del diálogo con las otras religiones?, ¿no implica una práctica utilitarista que distorsiona y daña la propia índole dialogal del encuentro de la Iglesia con las demás tradiciones religiosas?

La problemática que se plantea es de suma importancia y de gran alcance. En efecto, si fuera verdad que la Iglesia cuando dialoga con otras tradiciones religiosas corrompe con su intervención el diálogo

interreligioso, justamente porque evangeliza, siendo supuestamente esto un acto de colonialismo e imperialismo religiosos, entonces la Iglesia tendría que ser sistemáticamente excluida del diálogo entre las religiones; es más, la Iglesia sólo sería sujeto capaz de diálogo con otras religiones en la medida en que abandonase su propia misión, la evangelización, y consecuentemente, en tanto que la Iglesia dejara de ser aquello que ella misma es como depositaria de los dones de Jesucristo y como prolongadora en el tiempo de su misión, a saber: «sacramento universal de salvación».

Ahora bien, ¿no se podría decir lo mismo de cada tradición religiosa que presenta su propia pretensión de verdad y sus propias convicciones en el diálogo interreligioso? ¿No tendrían que abandonar todas las religiones que dialogan entre sí sus particulares y específicas persuasiones religiosas? Si así fuese, ¿cómo seguir denominando diálogo interreligioso a un encuentro comunicativo en que lo religioso de cada uno de los interlocutores tiene que ser puesto *a priori* entre paréntesis?

7. La intencionalidad intrínseca del diálogo interreligioso

Es imposible responder de manera adecuada a las cuestiones establecidas anteriormente si se deja al margen el fin que el diálogo tiene de suyo. Sólo desde la consideración de la intencionalidad que le es propia al diálogo, cabe discernir si el diálogo interreligioso de la Iglesia en tanto que modo de su actividad evangelizadora *ad gentes* comporta una perversión del diálogo mismo.

Ha sido sobre todo Heidegger quien ha vuelto a destacar en la modernidad filosófica la finalidad estructural, intrínseca, del *lógos* humano. La función primaria del *lógos* es un permitir ver en tanto que sacar de su ocultamiento aquello de que se habla, o sea, descubrirlo¹³. El *lógos* tiene como objeto intencional de su actividad propia la

¹³ Cfr. M. HEIDEGGER, *Ser y tiempo* (México 2^a1971) 43; *De la esencia de la verdad* (Barcelona 2007) 31ss.

verdad (*alétheia*). El *lógos* busca la verdad, el estado develado del ser de lo real. Gracias a su condición de viviente con *lógos*, el hombre puede acceder cognoscitivamente a lo que las cosas son en cuanto tales, a su modo de ser y a sus posibilidades existenciales, para después, en un segundo momento, expresar y enunciar su conocimiento, transmitiéndolo así a los demás.

El diálogo, en tanto que encuentro humano de *lógos* a *lógos*, es una búsqueda en común de la verdad: compartir lo conocido por cada uno, para proceder posteriormente a un hablar y a un pensar que permitan «ver», a todos los que dialogan, aquella realidad a la que se presta atención y que está siendo considerada por todos con el auxilio del *lógos*.

La realidad sobre la que se trata en el diálogo interreligioso es la religión, o sea, la relación entre el hombre y aquel último e inefable Misterio que envuelve su existencia, del cual el hombre procede y hacia el cual se dirige¹⁴. Por tanto, el diálogo entre las religiones implica establecer una comunidad que comparta palabra y pensamiento sobre la religión; una comunidad dentro de la cual cada tradición religiosa se dé a conocer a sí misma; una comunidad movida por el deseo de encontrar con los demás la verdad plena sobre la religión y por el anhelo de comulgar y permanecer vinculados en ella; una comunidad que enriquezca a todos con la búsqueda común de la verdad religiosa¹⁵.

8. Respuesta a la problemática contemporánea respecto del diálogo interreligioso de la Iglesia

Cuando el diálogo interreligioso se vive como encuentro interpersonal de *lógos* a *lógos*, y por tanto en conformidad con la naturaleza dialogal del *lógos*, la presentación de la propia convicción

¹⁴ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Declaración *Nostra aetate*, 1.

¹⁵ Cfr. S. GARCÍA ACUÑA, “El diálogo interreligioso en el tiempo presente de la postmodernidad”, *Revista Española de Teología* 66 (2006) 381.

y pretensión religiosas a los demás interlocutores no constituye en modo alguno una falta de respeto a su conciencia y a su libertad religiosa. Al contrario, atenta contra la esencia misma del intercambio dialógico, a la vez que se opone a su función primaria de búsqueda de la verdad, toda posición que obligue a los que participan en el diálogo interreligioso a distanciarse de las propias convicciones religiosas, a poner entre paréntesis la pretensión de verdad de aquello en lo que creen, a que no presenten con honradez y sinceridad su propia persuasión religiosa, a mantener oculta la realidad de la tradición religiosa que viven, a tomar una posición neutral respecto de la adhesión a la propia religión. Cuando esto ocurre, el diálogo entre las religiones pierde su carácter religioso y prescinde de la búsqueda de la verdad sobre la religión, convirtiéndose en un mero coloquio publicitario, en una pura conversación de mínimos.

En el seno del diálogo interreligioso, lo que violenta la libertad religiosa y la conciencia de los interlocutores no es recibir de *lógos* a *lógos* el testimonio de la religión que los demás profesan, sino todo aquello que de un modo u otro impide a los agentes del encuentro dialogal ofrecer ese testimonio. El proponer la propia religión tal como es, sin ocultamientos y tergiversaciones, dentro de un encuentro dialogal interreligioso, no constituye en modo alguno un acto imperialista ni colonizador, sino un verdadero acto de servicio al diálogo y a la comunidad de habla y de pensamiento que se forma entre los que dialogan.

La Iglesia en el diálogo religioso, fiel a la naturaleza de éste, da testimonio ante los otros interlocutores del Evangelio, a la vez que con la palabra y el pensamiento colabora con ellos en la búsqueda de la verdad sobre la religión, consciente de que la búsqueda de la verdad en materia religiosa conduce al Evangelio que ella testimonia.

9. La legitimidad del diálogo interreligioso de la Iglesia

Ciertamente, la Iglesia evangeliza con el diálogo interreligioso. Sin embargo, es una exigencia del mismo diálogo interreligioso el hecho de que el diálogo de la Iglesia con los hermanos de otras religiones sea una actividad evangelizadora; porque para que un diálogo pueda llamarse verdaderamente «diálogo interreligioso» se requiere que los interlocutores den testimonio veraz de la propia convicción religiosa. Por eso, cuando la Iglesia se sirve del diálogo interreligioso para anunciar a Jesucristo *ad gentes*, no realiza con ello un uso ilegítimo del mismo, ya que salvaguarda en todo la funcionalidad del diálogo y su intrínseca intencionalidad, cuyo objeto es la verdad, al tiempo que coopera a la búsqueda de ésta respecto del rostro de Dios, del misterio del hombre y de la relación entre Dios y el hombre.

El diálogo interreligioso, en tanto que encuentro personal de *lógos a lógos* entre creyentes de diferentes religiones, entraña una auténtica búsqueda en común de la verdad en materia religiosa, que se realiza de manera adecuada a la dignidad de la persona y a su carácter social. En el diálogo y a través del diálogo, unos comunican a otros la verdad de la que están persuadidos. En cualquier caso, dentro de la comunidad de palabra y pensamiento que busca hacer patente la realidad de la religión, o sea, que intenta acceder a su verdad, ésta “no se impone de otra manera, sino por la fuerza de la misma verdad”¹⁶.

Por lo tanto, “estimular honestamente la inteligencia y la libertad de una persona hacia el encuentro con Cristo y su Evangelio no es una intromisión indebida, sino un ofrecimiento legítimo y un servicio que puede hacer más fecunda la relación entre los hombres”¹⁷. El diálogo interreligioso de la Iglesia “no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias:

¹⁶ CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, 1.

¹⁷ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización*, 5.

es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu, que ‘sopla donde quiere’ (Jn 3,8)”¹⁸.

10. Dificultades y disposiciones para el diálogo interreligioso

La caridad y la esperanza cristianas sostienen el diálogo interreligioso de la Iglesia en el ámbito de su misión *ad gentes*. El diálogo interreligioso no está exento de dificultades que nacen de factores de diversa índole. El fundamentalismo, la violencia, los determinismos políticos, el indiferentismo religioso, las heridas del pasado, las barreras socio-culturales, el desconocimiento del prójimo, el relativismo totalitario, los prejuicios, etc., son elementos que impiden el desarrollo de un auténtico diálogo interreligioso¹⁹. La Iglesia, animada por el Espíritu de Cristo, que infunde amor y esperanza en el corazón misionero de los bautizados, trata en todo momento de superar los obstáculos que dificultan el diálogo interreligioso, creando un ambiente que disponga hacia él.

El *diálogo de la vida* de los bautizados con lo no-cristianos ayuda a establecer un contexto humano adecuado para la comunicación dialogal de la Iglesia con otras religiones; el «diálogo de la vida» que la Iglesia promueve implica entablar unas relaciones de vecindad, en lo cotidiano de la vida, llenas de respeto, de hospitalidad, de cooperación, de ayuda, compartiendo los problemas, las preocupaciones, los proyectos, los gozos y las tristezas propias de cada uno. También colabora a crear un ambiente propicio para el diálogo interreligioso de la Iglesia el *diálogo de la praxis*; este diálogo conduce a trabajar en común a favor de la promoción de la dignidad humana, del desarrollo integral de los pueblos, de la mejora de las condiciones sociales y económicas de las gentes, colaborando juntos en la difusión de la justicia, de la paz, de la ecología y del bienestar.

¹⁸ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 56.

¹⁹ Cfr. S. GARCÍA ACUÑA, “El diálogo interreligioso en el tiempo presente de la postmodernidad”, *Revista Española de Teología* 66 (2006) 363.

Igualmente, el *diálogo de la oración* es fundamental para que exista un marco favorable al encuentro dialogal entre las religiones, pues el «diálogo de la oración» envuelve a todos en una atmósfera oracional común, y lleva a encontrarse para orar y, en la medida en que sea posible, a orar juntos.

El diálogo de la vida, de la acción y de la oración de los bautizados con personas de otras religiones crea una buena disposición para el diálogo interreligioso de la Iglesia; porque, “precisamente a través del diálogo, los hombres de buena voluntad abren más libremente el corazón y comparten sinceramente sus experiencias espirituales y religiosas. Ese compartir, característico de la verdadera amistad, es una ocasión para el testimonio y el anuncio cristiano”²⁰.

Conclusión

Con la evangelización, “el cristiano vive la libertad y la sirve (cfr. *Jn* 8, 31-31), proponiendo continuamente, en conformidad con la naturaleza misionera de su vocación, la verdad que ha conocido. En el diálogo con los demás hombres y estando atento a la parte de verdad que encuentra en la experiencia de vida y en la cultura de las personas y de las Naciones, el cristiano no renuncia a afirmar todo lo que le han dado a conocer su fe y el correcto ejercicio de su razón”²¹.

El diálogo interreligioso de la Iglesia es evangelizador de suyo, sin que por ello pierda lo más mínimo de su índole dialógica. Es más, dentro de una relación de recíproca amistad entre los bautizados y los hermanos de otras tradiciones religiosas, el diálogo interreligioso es una verdadera aportación a la mutua amistad, pues con él, en tanto que recíproca comunicación personal de *lógos* a *lógos*, se constituyen en

²⁰ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización*, 8.

²¹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Centesimus annus*, 46. Cfr. R. DI CEGLIE, “Le religioni e la verità. Il contributo della filosofia della religione al dialogo interreligioso”, *Aquinas* L (2007) 425-442.

una comunidad de búsqueda de la verdad acerca de Dios, del hombre, de la religión y de la salvación.

Junto al *kerigma* y al testimonio social cristiano, “la tarea misionera implica un diálogo respetuoso con los que todavía no aceptan el Evangelio. Los creyentes pueden sacar provecho para sí mismos de este diálogo aprendiendo a conocer mejor «cuanto de verdad y de gracia se encontraba ya entre las naciones, como por una casi presencia de Dios»²².

²² *Catecismo de la Iglesia Católica*, 856.